

Biblioteca-Films

Nºm.
352

GUANTES DE PIEL

25
OTS.



C. Nagel

L. Wilson

ENRIGHT, Ray

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA-234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería : Barberá, 16

B A R C E L O N A

APARECE LOS MARTES Nám. 352

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA
Kid Gloves, 1929

Guantes de Piel

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el simpático actor de la pantalla

CONRAD NAGEL

por MANUEL NIETO GALÁN

.....

Exclusivas "DIANA"

Bosch i Alsina, 210 Barcelona

Rosellón, 210 — Barcelona

antes de Piel CONRAD N.
Darrow LOIS WILSON

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

En la semipenumbra de uno de los barrios extremos de la populosa capital neoyorquina, en uno de esos barrios que, bajo la apariencia de una vida tranquila y sosegada, se agitan los individuos que procuran huir de la palabra JUSTICIA, marchaba tranquilamente un joven, cuyo aire de despreocupado no coincidía con las miradas intranquilas que echaba a uno y a otro lado, mientras caminaba. Bastaba ser poco observador para no comprender que aquel hombre temía a algún peligro próximo, peligro que no se veía, pero que indudablemente existía. Al llegar cerca de una casa, sonaron varios disparos desde el interior de un automóvil, dirigidos al intranquilo viandante, que volvió rápidamente la cabeza hacia el lugar de donde habían partido los disparos; mas, al hacerlo, del lado contrario, los ocupantes de otro auto dispararon también contra él. Cogido entre dos fuegos, se escondió en la puerta de la casa y, parapetándose allí, disparó él a su vez to-

do el cargador de su pistola. En unos segundos, la calle se había convertido en un campo de batalla y al ruido de las detonaciones, una señora que, acompañada por un hombre ocupaba un taxi, se desmayó, sin que su ocupante procurara otra cosa que el huir él para salvarse.

Cuando el atacado se vió sin una cápsula en su pistola, subió precipitadamente al piso superior de la casa donde estaba y sin pedir permiso entró rápidamente en el interior. Se encontró con una joven, que al verlo entrar le dijo burlonamente:

—Oye tú, "Guantes de Piel", ¿sabes lo que ocurre abajo?

—¡Maldita sea! — exclamó el llamado "Guantes de Piel", debido a la fortaleza de sus puños—. Precisamente cuando iba a mandarles la medicina que les conviene, se me acaban las píldoras.

—¿Y te parece bonita la manera de entrar en una casa ajena? — siguió diciéndole en el mismo tono la simpática joven.

—Perdona, Lupe — le respondió también en son de broma "Guantes de Piel" — que no me haya hecho anunciar por tus criados.

—¿Y por qué te echan esas flores? — preguntó con curiosidad Lupe.

"Guantes de Piel" se sentó, antes de empezar a hablar, y cuando se vió más tranquilo, le respondió:

—Ya sabes que mi banda era la única que todavía no había caído, ni uno de sus hombres, en poder de la policía. Sé dirigir admirablemente cualquier introducción de una carga de contrabando de alcohol y esto desespera a Nick, puesto que le estropeo los negocios. A esto se debe el odio que me tiene y desde hace tiempo ha jurado vengarse de mí y no me deja un momento de tranquilidad.

—¿Y han sido los de la banda de Nick?
—preguntó ella.

—Precisamente. Y que tiraban con las peores intenciones—exclamó él, sin abandonar el revólver que tenía en la mano, hasta que ella le dijo:

—Puedes guardarte esa pistola, "Guantes". No te hace falta para hablar conmigo.

—Llevas razón, pero estoy preocupado, porque no tengo cápsulas y temo que esa gente siga esperándome para cuando salga.

—Por eso no te preocupes. Ya sabes que siempre he sido una buena amiga tuya y yo misma bajaré a comprarte una caja.

Al terminar de decir esto, llamaron a la puerta y Lupe, después de mirar por la mirilla de la puerta, se volvió hacia "Guantes" y le dijo:

—Es una mujer desmayada, que la traen en brazos. ¿Qué hago?

—Abre—respondió "Guantes", ocultándose tras la puerta.



Llevaba en sus brazos el cuerpo inanimado...

Lupe siguió la indicación de su compañero y apareció poco después un chofer, llevando en sus brazos el cuerpo inanimado de una preciosa mujer.

"Guantes" se acercó a ella y quedó maravillado ante la belleza de la desconocida, que había sido colocada indolentemente sobre un sofá.

—¿Quién es esta mujer? — preguntó "Guantes".

—La llevaba en el coche cuando se armó

el tiroteo—respondió el chofer—. Iba acompañada de un hombre, que salió pitando, a los primeros disparos. Supongo que iría a ponerse alguna corona.

En vista de que el chofer no se movía de su sitio, "Guantes" le preguntó:

—¿Qué espera usted?

—Que recobre el conocimiento y me pague el taxi. No están los tiempos para perder ninguna carrera.

El contrabandista sacó un billete y se lo entregó al chofer, diciéndole:

—Ya está usted pagado y sobrando en esta casa.

Cuando hubo salido el portador de la bella desconocida, Lupe puso una mano sobre el hombro de "Guantes" para llamarle la atención y le dijo:

—Lo de hoy colma ya la medida, "Guantes", y estoy viendo que el día menos pensado ese Nick te va a dar un disgusto grande.

—Poco me importa a mí de Nick!—exclamó despectivamente él.

—Pero piensa—siguió diciéndole ella—que detrás de Nick hay gente muy "gorda" para quien la justicia no quiere tener fuerza.

El volvió a encogerse de hombros, mientras ella le decía:

—En fin, yo ya te he dado un consejo. Ahora voy a comprarte las cápsulas y tú verás lo que más te conviene.



—Yo ya te he dado un consejo.

Salió de la estancia, dejando a "Guantes" que procurara reanimar a la joven desvanecida, hasta que ésta, abriendo los ojos, exclamó:

—¿Dónde estoy?... ¿Cómo he venido aquí?

—La trajo el chofer de su taxi, señorita—le respondió amablemente "Guantes".

—Ahora recuerdo—siguió diciendo ella—.

¡El tiroteo!... ¡No hay seguridad ni protección con esos bandidos!... ¿Dónde está Penny?...

—Supongo que no habrá sido herido?

—Descuide usted—respondió burlonamente “Guantes”—. A un hombre de su valor es difícil que le alcance una bala... suele correr más que ella.

La joven se sentó sobre el sofá, abandonando su postura anterior, y se llevó las manos a la cabeza, para arreglarse el cabello. En uno de sus dedos brillaba una sortija de prometida y “Guantes” no pudo menos que preguntarle, intrigado:

—¿Es acaso por Penny por quien lleva usted ese anillo?

Ella le miró sonriendo y, al fin, con una deliciosa mueca de coquetería, le respondió:

—¿No le parece mucha curiosidad la suya?

—Al contrario. Estoy convencido de que preguntando es la única manera de aprender.

—Pues bien—respondió ella—. Si tanto le interesa le diré que no es a Penny a quien estoy prometida, sino a John Stone.

—¿A John Stone?—exclamó “Guantes”—.
—El cacique del barrio de la Bolsa?

—¿Le conoce usted acaso?—preguntó ella.

—Personalmente, no; pero sé que es el capitalista de un amigo mío... un tal Nick, y creo un deber mío ponerla a usted en guardia contra ese hombre, señorita...

—Ruth Darw—respondió ella—. ¿Y qué puede decirme usted de él?

—Que es el hombre más miserable que hay

en el universo. Su conciencia no se detiene ante nada y para conseguir su deseo o satisfacer una venganza es capaz de las mayores atrocidades.

—¿Y usted quién es?—preguntó Ruth, intrigada por la manera de hablar de aquel hombre.

—Yo me llamo Jim Smith y en la actualidad me dedico a robar a los matuteros.

—¡Usted!—exclamó ella, desencantada por aquella revelación.

—Como puede ver — continuó diciendo Jim—, usted y yo vivimos en dos mundos aparte... Yo, al margen de la ley...

—De todos modos, no deja de ser una vida interesante.

—En efecto; interesante y productiva. Se puede ganar mucho y no hay nada que perder, excepto la vida...

Iba ella a contestarle, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció Stone, acompañado de Nick, el famoso jefe de los contrabandistas. Stone se quedó mirando a la joven, e instado, indudablemente por su compañero, exclamó despectivamente:

—¿De modo que es aquí donde mi prometida tiene por costumbre pasar el rato con sus amistades?

—¿Qué quieres decir?—preguntó ofendida ella.

—He venido aquí—siguió diciendo Stone—



Sacó su pistola y encañonó a los dos jóvenes...

sin atender a las palabras de su prometida— para demostrar que ninguna mujer se burla impunemente de mí. No te hagas ahora la inocente. Lo sé todo, porque mi gente os ha seguido a los dos hasta aquí.

—¡No consiento que sigáis ofendiéndome de esa manera!—exclamó desesperada Ruth.

—Unicamente hago decirte la verdad. Como también te digo que no eres muy exigente en la elección de amigos y ya que tanto aprecias a éste, justo es que te cases con él.

Conmigo no se puede jugar. Conque puedes elegir; o te casas, o aquí pasa otra cosa.

Sacó su pistola y encañonó a los dos jóvenes, mientras le decía a Nick:

—Ves a buscar a un cura y dile que es un asunto de mucha urgencia.

Ruth comprendía ahora hasta qué punto tuvo razón Jim al decirle que aquel hombre no se detenía ante nada para satisfacer una venganza, y exclamó:

—Tenía referencias de que eras un canalla, pero no podía figurarme que lo fueras tan perfecto.

—Así te acordarás de John Stone—volvió a decirle él—. El negarse a mi deseo es lo mismo que suicidarse.

Ruth volvió la vista hacia Jim y le preguntó angustiosamente:

—¿Qué hago? ¡Dios mío!

—Yo preferiría que me casaran a que me enterraran—respondió Jim.

Momentos después entró el cura llamado por Stone y obligado por éste no tuvo más remedio que unir a los dos jóvenes, exclamando al final de la ceremonia:

—¡En mi vida he visto nada igual! ¡Olvidar a casarse a una muchacha de esta forma!

Stone abrió la puerta, indicándole que saliera, y él mismo se despidió de los nuevos esposos, diciéndoles:



Sacó su pistola y encañonó a los dos jóvenes...⁵

sin atender a las palabras de su prometida— para demostrar que ninguna mujer se burla impunemente de mí. No te hagas ahora la inocente. Lo sé todo, porque mi gente os ha seguido a los dos hasta aquí.

—¡No consiento que sigáis ofendiéndome de esa manera!—exclamó desesperada Rúth.

—Unicamente hago decirte la verdad. Como también te digo que no eres muy exigente en la elección de amigos y ya que tanto aprecias a éste, justo es que te cases con él.

Conmigo no se puede jugar. Conque puedes elegir: o te casas, o aquí pasa otra cosa.

Sacó su pistola y encañonó a los dos jóvenes, mientras le decía a Nick:

—Ves a buscar a un cura y dile que es un asunto de mucha urgencia.

Ruth comprendía ahora hasta qué punto tuvo razón Jim al decirle que aquel hombre no se detenía ante nada para satisfacer una venganza, y exclamó:

—Tenía referencias de que eras un canalla, pero no podía figurarme que lo fueras tan perfecto.

—Así te acordarás de John Stone—volvió a decirle él—. El negarse a mi deseo es lo mismo que suicidarse.

Ruth volvió la vista hacia Jim y le preguntó angustiosamente:

—¿Qué hago? ¡Dios mío!

—Yo preferiría que me casaran a que me enterraran—respondió Jim.

Momentos después entró el cura llamado por Stone y obligado por éste no tuvo más remedio que unir a los dos jóvenes, exclamando al final de la ceremonia:

—¡En mi vida he visto nada igual! ¡Obligar a casarse a una muchacha de esta forma!

Stone abrió la puerta, indicándole que saliera, y él mismo se despidió de los nuevos esposos, diciéndoles:

—Ahora podéis disfrutar más a gusto de vuestro amor y acordaros de John Stone.

Cerró la puerta y dejó a los dos jóvenes, sin saber siquiera a qué decidirse.

SEGUNDA PARTE

Todo había ocurrido tan rápido, tan inesperado, que ni aun ellos mismos podían darse cuenta de lo sucedido. Hacía media hora que aun no se conocían y, de pronto, se veían unidos para toda la vida. Ruth comprendía el perjuicio que había ocasionado a aquel hombre que tan noblemente se había portado con ella e intentó excusarse, diciéndole:

—¡Siento muchísimo lo que le ha ocurrido a usted por mi culpa!

—No se preocupe de mí—respondió sonriendo Jim—. Lo mejor será que la lleve a usted a su casa.

—Sin embargo, eso es lo peor—respondió ella—. En cuanto mi tía Margarita se entere de todo esto, me habré quedado sin casa. Elle quería que me casára con Stone. Así, por lo menos lo había proyectado y decidido todo, sin consultarme siquiera.

—Es decir... ¿Qué la obligaban a hacer un casamiento de conveniencia, verdad? —preguntó Jim, para quien la idea de ser el esposo de aquella mujer no le desagradaba del todo—. También podemos acudir a su amigo Benny, tal vez él pueda ayudarla.

—Y usted, ¿en qué situación queda?—exclamó Ruth.

—Ya le he dicho que por mí no se preocupe. Yo desapareceré por el foro, como un marido de comedia.

Llamaron a la puerta y la misma Ruth fué a abrir. Al ver que era su amigo, le dijo:

—Entra, Penny. Precisamente esfábamos hablando de ti.

—He estado buscándote por todas partes —exclamó aquél, sin fijarse en la presencia de Jim—. Al fin, me han dicho que te habían visto entrar aquí y he venido por ti.

—Pues mientras tú me buscabas ha ocurrido una cosa espantosa. ¡Nos han casado a este señor y a mí!

—¡Cáspita!—exclamó Penny, fijándose entonces en “Guantes”.

—No se desmaye, joven —interrumpió Jim—. No soy más que un marido provisional. Stone me tomó por usted y me obligó a casarme. Pero no se apure, puede divorciarse de mí y casarse con usted, ya que parece que la ama tanto.

Penny dió un salto como si le hubiera picado una avispa y exclamó:

—¡Eso es completamente imposible! ¡Con una renta tan escasa como la mía no puedo mantener a nadie! Y, dirigiéndose a Ruth, siguió diciendo: Siento en el alma lo que ha pasado. Te quiero y te aprecio, Ruth... Pero, francamente, no puedo pensar en mantener una mujer.

—Pues entonces — exclamó indignado Jim —, ya puede marcharse usted lo más pronto que guste.

El mismo le abrió la puerta y cuando volvió al lado de Ruth le dijo:

—Supongo que habrá usted tenido una gran sorpresa. Pero no se apure. Como, después de todo, es usted mi mujer, no tengo más remedio que hacerme cargo de la situación y seré para usted un buen marido, sin que le exija que me demuestre su afecto.

Ella le miraba, admirando la nobleza del que la casualidad le había dado por esposo, y pensaba que, después de todo, no había tenido tan mala suerte.

De estos pensamientos la sacó la entrada de Lupe, que exclamó, dirigiéndose a Jim, y enseñándole una caja de cápsulas.

—¡No sabes el trabajo que me ha costado encontrar éstas! —y al ver levantada a Ruth, preguntó: —¿Qué? ¿Se encuenfra ya mejor, amiga?

—Tenemos una sorpresa que darte, Lupe — exclamó Jim —. Esta señorita y yo nos hemos casado.

—Jim... ¿Has bebido mientras yo he estado fuera? —preguntó la muchacha.

—Te he dicho la verdad — respondió Jim.

—¡Vaya una manera de correr! — exclamó la simpática Lupe —. A ese paso, dentro de una hora me vais a presentar a vuestros nietos!

Y la franca alegría de aquella chiquilla pronto contagió a los otros dos, quienes rieron de buena gana las ocurrencias de la muchacha.

Pasaron algunos días y aquel asombroso casamiento hizo el milagro que no lograron hacer todas las amenazas y todas las persecuciones: que “Guantes de Piel” se dedicara a trabajar honradamente.

Tanto ella como él, a medida que pasaba el tiempo, se sentían más unidos, más cerca el uno del otro, como si sus corazones se hubieran entendido desde el primer momento. Para ellos la vida transcurría feliz, dichosa en aquella mutua simpatía, que, sin embargo, procuraban de ocultar cuidadosamente, para no dejar al descubierto otro sentimiento más profundo, mucho más sincero: el del amor que se profesaban.

Jim no se creía con derecho, dada su antigua vida, a merecer el amor de aquella mu-

jer tan ideal, tan exquisita, tan deliciosamente bella, que había cambiado por completo el curso de su existencia. Y ella, tampoco se veía con derecho a exigir amor a un hombre que siempre la había tratado con extraordinaria caballerosidad, imponiéndose el sacrificio de atender todos sus gustos, sin que jamás expresase la más leve contrariedad. Eran un matrimonio que se amaban, pero que ninguno de los dos había llegado todavía a saber el sentimiento que inspiraba al otro.

Lupe, también se sentía feliz con el amor de su novio, el muy simpático Duffy, uno de esos seres a quienes la vida y las circunstancias los impulsa a veces por derroteros que ellos jamás hubiesen elegido. Criado en el ambiente de la truhanería, vivía en él como único recurso, aunque interiormente desdeñase aquella vida. Duffy tenía sobre todo una inteligencia vivísima y sus inspiraciones habían valido a sus compañeros, en más de una ocasión, el librarlos de las garras de la policía.

Una mañana estaban los dos esposos en su casa, cuando entraron Lupe y Duffy, diciendo la primera a ellos:

—Ya que no venís vosotros a vernos, no he tenido más remedio que decirle a éste que se vistiera de persona decente y que me acompañara a haceros una visita.

—Y yo te lo agradezco mucho, Lupe—res-

pondió Jim—. Para mí es una alegría el volver a veros.

Lupe miraba por todas partes el piso, hasta que no pudo contenerse más y le dijo a Ruth:

—¡Vaya un pisito precioso que tenéis!... ¿Por qué no me lo enseñas?

—Ahora mismo—exclamó su amiga, cogiéndola de un brazo y llevándosela, mientras que Duffy se sentaba al lado de Jim y le preguntaba:

—¿Qué tal os lleváis tú y tu mujer?

—Es una chica excelente, Duffy—respondió Jim—. ¡Con decirte que me he enamorado de ella locamente!

—¿Y se lo has dicho?

—No, ni se lo diré... Es demasiado buena para un golfo como yo... que no tiene oficio ni beneficio.

—Es que fuiste un tonto con dejar tu negocio por ese camelo de los seguros que trabajas ahora...

—No lo creas—le respondió Jim—. Gano lo suficiente para mantener la casa y, además, se suele vivir más...

Un rato después, y mientras hablaban los dos amigos, se presentó, de improviso, la tía de Ruth. Lupe y su novio, al verla, comprendieron que estorbaban y salieron de la casa. Fueron a despedirse de ella, mas la tía de Ruth les volvió la espalda despectivamente, haciendo exclamar a su sobrina:

—¡Por lo menos podría ser usted más cortés con mis amigos!

Jim se había alejado también, con el fin de que las dos mujeres pudieran hablar sin estorbos y la tía de Ruth empezó diciéndole:

—Ruth, es preciso que me escuches... que atiendas a mis razones y que dejes a este hombre.

—¡Es mi marido, tía!—exclamó orgullosamente la joven.

—Pero un divorcio puede separarte de él para siempre—insistió la tía.

—Es inútil lo que pretende—exclamó su sobrina—. Cuando todos me abandonaron, cuando nadie se quiso cuidar de mí, solamente él me tendió la mano. Por mí abandonó su vida, por mí trabaja honradamente para sostenerme... ¿Y quiere usted que le abandone? ¡Eso, jamás!... ¡Nunca!... ¿Lo oye usted bien?... ¡Nunca!

—¡Estás tan loca como siempre!—exclamó su tía—. Y ya que he hecho todo lo que podía hacer por ti, me voy para no acordarme más de que existes.

—¡Será lo mejor! — terminó diciéndole Ruth.

Y de aquella forma, Ruth le dió a entender a su tía del amor que se sentía por su marido.

Al quedar sola, una triste congoja se apoderó de ella, al pensar que, tal vez, llegase

un día en que Jim, cansado de ella, hiciese lo que ella se había negado a hacer.

Jim la sorprendió en aquel estado y le preguntó cariñosamente:

—¿Qué tienes, Ruth?... ¿Te has cansado ya de todo esto?

—No es eso, Jim—respondió ella, mirándolo amorosamente, sin que él se diera cuenta—. Es que me temo que no haya sido más que una molestia y un estorbo para ti...

—Nada de eso—exclamó él—. Tú has sido y eres para mí todo lo contrario. Solamente con vivir a tu lado me doy por dichoso y mi única felicidad en la tierra sería...

No pudo terminar la frase porque llamaron a la puerta y salió a abrir. Era Penny quien venía, después de la última entrevista que hemos referido, a ver a Ruth.

—¿Está... su esposa?—le preguntó.

Jim indicó con la vista el lugar donde estaba Ruth y se alejó para dejarlos solos.

—¡Cuánto me alegro de verte a ver! — exclamó, estrechándose las manos—. Mi tío acaba de morir, dejándome dos millones de dólares... Dos millones, que son también para ti, si túquieres... ¡Ya puedes casarte conmigo!

—¿Y qué hacemos con mi marido?—preguntó ella burlonamente.

—¡Bah!—exclamó Penny—. Te divorcias de él... y en paz.

—¿Olvidas que fué el único que no me abandonó?—le respondió Ruth.

—Bueno—terminó diciendo Penny—. Sin embargo, te dejo tiempo para reflexionar. Mañana espero contestación tuya.

Aquellas dos visitas habían terminado por poner de malhumor a Jim. Sabía que las intenciones de las dos personas no eran nada buenas y pensaba que ahora que le sería difícil vivir sin su mujer era cuando precisamente querían quitársela aquellos que la habían abandonado.

COLECCIÓN DE CUENTOS REGIONALES

Cuentos baturros

Cuentos valencianos

Cuentos andaluces

Cuentos asturianos

25 céntimos el libro

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

TERCERA PARTE

No era hombre Stone que se conformara con llevar su venganza hasta aquel extremo solamente. Sabía que los dos esposos vivían felices y esta felicidad le amargaba la vida hasta el punto que llamó a la tía de Ruth y le dijo:

—He pensado que es una barbaridad que su sobrina siga viviendo con ese golfo.

—También lo he creído yo así—respondió ella—. Pero, ¿acaso puedo yo tenerla en mi casa?

—No se trata de eso—le contestó Stone—. Yo amo a Ruth y si hice lo que hice fué llevado por un arrebato de celos. Ahora le propongo que vaya a verla y la convenza para que se divorcie de él y se case conmigo. ¿Cree usted que aceptará?

—Estoy segura de ello—exclamó la tía—. Ruth no puede venirse a vivir con un hombres cuyas costumbres serán indudablemente de lo más bajo que hay. Esta misma mañana iré a verla y le daré a usted la contestación.

De allí se fué a ver a Ruth y ya sabemos el resultado infructuoso de su visita. Cuando volvió a casa de Stone le dijo:

—He hablado a Ruth, he tratado de convencerla, pero todo ha sido inútil. Francamente, creo que está enamorada de ese golfo.

—Entonces empezaré yo a trabajar—le contestó Stone—. Déjelo todo de mi cuenta, porque tengo previsto un plan para que lo abandone inmediatamente.

—¡Ojalá sea así! — suspiró la tía—. ¿A dónde va a ir con ese hombre?

Stone la acompañó hasta la puerta y cuando entró de nuevo en su casa llamó a uno de sus hombres y le dió ciertas instrucciones, diciéndole al final:

—Ves ahora mismo, que yo me ocuparé de lo demás.

Mientras hablaba Ruth con Penny, el comipinche de Stone y antiguo amigo de Jim entró a ver a éste y le dijo:

—Te he venido a ver para hablarte de algo muy importante. ¿Te gustaría hacerte con unos buenos billetes de los grandes?

—¿Y qué hay que hacer para ganarlos? — preguntó recelosamente Jim.

—En un garaje de la Décima Avenida, esquina a Maine, hay trescientas cajas del mejor whisky escocés...

Jim le interrumpió, diciéndole:

—¿Y por qué no te las llevas tú solo?

—Porque no es faena para un hombre solo... Además, hace falta que uno tenga la ca-

beza que tú tienes para que no haya ningún tropiezo...

—No, gracias, Tony—respondió, rechazando energicamente la oferta—. Prefiero seguir viviendo tranquilamente de los seguros.

Tony seguía insistiéndole y Jim, sin dejarse convencer, apenas si le prestaba atención, con el pensamiento únicamente en lo que pudieran haber hablado Penny y su mujer. Esta, por su parte, había entrado en su alcoba y se puso a escribir a su pretendiente, diciéndole:

“Amigo Penny:

Mi respuesta a tu proposición de divorcio es un “NO” definitivo. Amo a mi esposo y no me separaré por nada de él.

RUTH”

Encerró el escrito en un sobre, puso la dirección y salió para entregárselo a su esposo, diciéndole:

—Jim, ¿quieres echarme esta carta cuando salgas?

Jim leyó la dirección del sobre y pensó que aquella carta sería la aceptación de algún plan que le habría propuesto Penny. Fija en su mente esta idea, le contestó a Tonny, que seguía insistiendo:

—Acepto lo que me propones. Pero te advierto que si lo que intentas es hacerme una trastada, te estás jugando el pellejo muy malamente.

—De sobras sabes que soy un buen amigo—replicó el otro—. Ven a recogerme a los billares de Kramer, dentro de una hora.

Los billares de Kramer eran una especie de cabaret, donde todos los amigos de lo ajeno y los contrabandistas solían reunirse para divertirse un rato o bien para preparar algún golpe.

Desde la casa de Jim, Tonny se fué al cabaret mencionado y allí encontró a Nick, que le preguntó:

—¿Cómo ha ido el asunto?

—Admirablemente — respondió Tonny—. El “Guantes” ha caído como un pajarito. Dentro de un rato me lo llevo a Décima Avenida...

—Le gente ya está preparada detrás de la puerta—respondió Nick—. Lo demás corre de cuenta del juez de guardia.

Y aquellos truhanes, como quien habla de la cosa más sencilla del mundo, planeaban la forma de quitar del mundo de los vivos a Jim, para dejar el campo libre a Stone.

CIARTA PARTE

Pero como es innegable que siempre hay alguien que vigila por los buenos, en aquella ocasión fueron Lupe y Duffy los que se enteraron de toda la conversación. Casualmente se hallaban en un reservado inmediato y a las primeras palabras de Tonny exclamó Lupe:

—¡Eso es una emboscada que le tienden al “Guantes”! ¡Yo corro a su casa a avisarle!

—¡Tú quédate aquí, por si tienes que hacer algo!

Segundos después, llegaba a casa de Jim y le preguntaba a Ruth:

—¿Dónde está Jim?

—Hacé un momento que ha salido—respondió su mujer—. ¿Pasa algo?

—Duffy y yo hemos oido una conversación en la que se trataba de un complot para matarlo. ¡Lo llevan engañado a un garaje de la Décima Avenida para achicharrarlo a tiros.

—¡Dios mío!—exclamó Ruth—. ¡Corramos a salvarlo, sea como sea!

Estas dos mujeres salieron en busca de



— ¿Dónde está Jim?

Jim, para advertirle del peligro que corría, pero ya era tarde.

En la puerta del garaje habíase reunido una gran cantidad de público y cada uno de ellos comentaba el hecho de diferente manera.

— ¿Sabe usted lo que ha pasado? — preguntó Lupe a uno del público.

— Solamente sé que intentaban robar este garaje y que han matado a uno de los ladrones.

Ruth estuvo a punto de caer desmayada

cuando lo oyó. Lupe la ayudó a subir al auto y nuevamente volvieron a la casa, donde la esposa de Jim dió rienda suelta a su dolor.

— Es muy triste — le decía Lupe, tratando de consolarla —. Pero las lágrimas no lo traerán de nuevo...

— Es que le quería, Lupe — exclamó Ruth —. Le quería con toda mi alma!

Y llorando amargamente se echó en brazos de su amiga, de la única persona a quien le había revelado el gran amor de su vida.

Sin embargo, volvamos un poco atrás para saber lo que ocurrió en el garaje y trasladémonos a casa de Stone, donde éste sostenía con Nick la siguiente conversación:

— ¿Qué ha pasado? — preguntó Stone.

— Pues que el "Guantes" se escapó y aquellos idiotas mataron por equivocación a Tonny, que entró el primero. Sin duda le obligaría Jim, que para estas cosas es "gato viejo", y eso es todo lo que ha ocurrido.

Stone dió un puñetazo sobre la mesa, exclamando:

— Me parece que tendré yo que ocuparme personalmente de ese pájaro.

Se dirigió a su secretario, otro individuo de la misma calaña, y le dijo:

— Vendrá conmigo a casa de Jim, haciéndose pasar por inspector de la Delegación de la calle de Harrison, y detendremos al

"Guantes" para entregarlo luego a la policía, como asesino de Tonny.

Poco después se presentaron en casa de Ruth para llevar a cabo su plan y Lupe, a penas lo vió entrar, salió a su encuentro, diciéndoles:

—Han matado al "Guantes", pero nosotros denunciaremos a los culpables, porque sabemos quiénes son.

El que hacia las veces de inspector se echó a reír burlonamente y le respondió:

—Es inútil que finja usted, señora. El "Guantes" está vivito y coleando. Lo que ocurre es que se esconde por la muerte de Tonny...

—¿Qué dice usted? — exclamó Ruth, sin poder ocultar su alegría—. ¿Que Jim está vivo?

—Sí, pero no se apure—respondió el inspector—. Aun tendrá que cumplir una condena por haber asaltado el garaje.

—Eso no es verdad!—protestó energicamente Ruth.

El otro, sin inmutarse, siguió diciéndole:

—Ya lo declarará él ante el juez.

Entonces intervino Stone y, dirigiéndose al fingido inspector, le dijo:

—Señor inspector, tengo un plan con el cual usted salvaría su responsabilidad y ayudaría a mi amigo Jim para que no fuese a la cárcel.

Ruth se le quedó mirando, sin poder dar crédito a las buenas intenciones de Stone, y menos aun cuando Lupe intervino, diciendo:

—No le hagas caso. Eso que piensa será alguna encerrona.

Stone siguió diciendo:

—Ruth, si me prometes seguirme sin protesta alguna, yo te doy mi palabra de conseguir la libertad de Jim.

Antes que la pobre mujer pudiera contestar nada se abrió la puerta y apareció el "Guantes". Al ver a su mujer y a Lupe con aquel hombre odiado, sonrió burlonamente, diciendo:

—¡Qué reunión más agradable!

—¡Queda detenido, Jim Smith!—exclamó el fingido policía, mostrándole su insignia de autoridad y amenazándole con su pistola.

Jim no tuvo más remedio que entregarse, mientras que Stone le decía a Ruth:

—Acuérdate de la promesa y de lo que te he dicho. Siquieres ver en libertad a este pájaro...

—No le hagas caso—exclamó Jim—. No te fíes de este bandido. El fué quien preparó la trampa del garaje en la que debía caer yo... solo que quien cayó fué su compinche.

Al abrir la puerta para salir a la calle se encontraron de pronto con Duffy, que, encapuchando al falso policía y a Stone, le dijo, sonriendo:

—¡Esto si que es llegar a tiempol! ¡Lupe, quítale las armas a estos bandidos y ponles estas esposas, que les estarán divinamente!

—Esto lo pagará usted con su vida exclamó el inspector.

—Ya lo veremos cuando estemos delante del jefe—le respondió tranquilamente Duffy—. Sepa usted que soy inspector general y hace más de un año que vengo siguiendo la pista de la banda de Stone. ¡Tiren para afuera!

Lupe no salía de su asombro al ver que su novio era un policía, y nada menos que de los "gordos". Hasta tal punto llegó su extrañeza, que le dijo a Jim, cuando vió que Duffy salía llevándose a los bandidos:

—¡Cuando una pierde el olfato para no oler un policía ha llegado la hora de retirarse del negocio! ¿No te parece, Jim?

—¡Llevas razón, Lupe! — le respondió Jim—. Debes hacerlo. Por lo menos vivirás más tranquila.

Duffy volvió de nuevo y su novia le dijo, extrañada:

—¡Chico, qué pronto has vuelto!

—Es que Stone me ha dado cinco mil dólares para que le soltara.

—¿Y te has dejado sobornar por ese tipo? ¿Todo un policía como tú?

—¡Qué voy a ser yo policía, ni mucho menos! — respondió él—. Lo único que soy es



—Echaste la carta que te di?

—Sí, pero no sé qué querías decir con ello.

—Un buen sabueso. Me enteré de lo que pensaban hacer y vine para deshacer todo su plan.

—¡Eres más admirable todavía de lo que yo creía, Duffy! — exclamó Lupe, echándose en sus brazos.

Los dos esposos veían arrullarse a la enamorada pareja y Jim, con el pensamiento puesto en la entrevista que su esposa había tenido con Penny, le dijo:

—Supongo que ahora que ha heredado tu

amigo Penny, no tendrás inconveniente en abandonarme.

Ella vió en aquellas palabras cierto dejo de celos y le preguntó, sonriendo:

—¿Echaste la carta que te di?

—Me olvidé... Perdóname—se excusó él.

—Pues léela y verás la respuesta que le doy.

Al terminar la lectura y ver que su esposa le amaba, Jim no pudo contenerse y le preguntó, anhelante:

—¿Pero es verdad lo que dices aquí?

—Pídeme una prueba y te la daré—respondió ella.

Y para probar si verdaderamente le amaba, Jim la estrechó entre sus brazos, mientras que sus corazones se unían eternamente en un beso apasionado que venía a ser la conjunción de sus vidas, de sus almas repletas de pasión...

FIN

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 ptas colección

SERIE A

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
Maria Casajuana	Charles Morton

SERIE B

Tom Mix	Tom Tiler
Charles Jones	Hoot Gibson
Fred Thomson	Rex Bell
Búffalo Bill	Fred Humes
Chiquilin	Chispita

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2 pesetas colección

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
LOS CUATRO DIABLOS	Janet Gaynor
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
BEN - HUR	Ramón Novarro
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello

PEDIDOS A

Biblioteca Films-A partado 707-Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.